

en su busca a varios jinetes, los cuales consiguieron juntar las desmandadas bestias valiéndose de lazos. Así, los centauros eran pastores para la caza de los toros, como los zagales españoles...

Los garrochistas andaluces llevan junto a la jaca el galgo heráldico, el agudo galgo corredor; y así, otra leyenda los supone cazadores de liebres, corredores del *auros*.

Rey de la llanada, el centauro bicéfalo es uno de los más interesantes tipos andaluces.

Los centauros de la mitología son amantes del vino y de la mujer, cultivadores de la música y, en ocasiones, de la medicina y de la adivinación. El garrochista gusta del vino de la tierra y de las buenas mozas; cultiva el inefable cante *jondo*, en sus nostalgias de hombre de la llanura; sabe de mil hierbas medicinales, y por el arcano dibujo de las estrellas, en las despejadas noches del Sur, es diestro en conjuros y en cábalas secretas, de sencillez primitiva y cándida, no exentas de sabiduría.

Su vida es de lucha, como la del monstruo mitológico; es libre y valiente el espíritu del garrochista. Formando con otro la *collera*, la *ronda* o *pareja* inseparables, vigila y dirige los ganados bravíos; escucha el peligroso resoplido del toro en la obscuridad desamparada. En las faenas, tienta las reses, las acosa y derriba; camina delante en el encierro; escolta en el careo, mientras la piara va pastando por el camino; guarda el dilatado horizonte de la vacada puesta a su custodia celosa.

Durante la profunda noche espectral, canturriando por lo bajo, pasa la *ronda*, a la luz de la luna, entre los jarales, que semejan toros echados, y junto a la masa oscura de los *bichos*, cuyos ojos tienen en la tiniebla puntos afilados de acero...

De vez en cuando llegan los dos centauros a la corraliza, junto al pozo; acércanse a la *candelá*,

de roja llama, que hace la gente del cortijo, y cambian saludo con los honderos, los cuales se calientan en corro. Las caras son lívidas, de fuego; un zagal atiza los arbustos ardientes, y el viejo *conocedor*, el técnico o sabio de la ganadería, cuenta algún chascarrillo de miedo o de burla. Cuando la *collera* se acerca, el relato queda a medio contar.

—¿Qué, habéis visto ar toro *abochornao*?— pregunta uno a los garrochistas.

El toro *abochornao*, que trae inquietos a sus guardianes, es un veieto al que pegó otro astado en pelea.

Uno de los garrochistas dice:

—Debajo el alamillo está echao, lo habemo visto. Por la ribera íbamo y tuvimo que da un arrodeo grande, porque se alevantó y por poco mos da las buenas noche...

Temer esta experimentada gente, tan avezada al riesgo; temer del toro huido y herido en riña, que se planta luego junto al camino para cebar en el que pase primero su furia de macho avergonzado y repudiado... Sólo el garrochista se lanza, al fin, a la ribera, y lo afronta valiente.

Y este garrochista de mi tierra, que lleva una ruda y peligrosa vida, tiene también horas de suavidad y de ventura: el domingo anhelado pasa el río a ver a una moza, por la que se siente dominado, y la lleva a la grupa, en las alegres fiestas, y aquel busto recio, que forma un solo cuerpo con el caballo, se curva entonces blandisimamente, porque lleva al dulce Amor a ancas, como aquel Centauro domeñado por el Amorcillo, que, en el Museo del Louvre, parece enternecer su mármol para doblegarse al ligero contacto del jinete Amor, el cual, montado en él, lo hostiga y lo guía...

JOSE BRUNO.

(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)

